

El concierto de la noche del 21 de Abril.

LA ORQUESTA TONKÜNSTLER DE MUNICH

CUANDO el cronista sale del Circo, al dirigirse hacia su casa, oye, unas veces queriendo, sin querer otras, las opiniones del público.

Él ha formado la suya; pero son tantas las impresiones que por su ánimo han pasado al desfilarse del soberbio programa del concierto, que no estima en bastante su propio juicio, que tal vez pudiese ser equivocado.

Pero no; el público, un público selectísimo, compuesto de devotos del divino arte, que han permanecido en éxtasis durante tres horas largas, y que despertaba entusiasmado para enronquecer vitoreando á la orquesta alemana, ha tenido, como tiene siempre el público, un alto espíritu de justicia, y esa justicia la ha exteriorizado en forma desusada para su característica frialdad.

¿Comparaciones? No. Siempre fueron odiosas, y es difícil y expuesto á apasionamientos el hacerlas. Nikich, Strauss, Arbós..... nombres gloriosos en el cielo del arte son ellos; mas no es ahora ocasión propicia para avivar entusiasmos pretéritos ni establecer parangones de méritos, por otra parte, muy difíciles de aquilatar.

La Orquesta Tonkünstler, de Munich, y su director Lassalle, alcanzaron dicha noche ante nuestro público un triunfo colosal, completo, definitivo.

Tiene, como tienen todas las orquestas alemanas que en España hemos conocido, una incontestable superioridad en el metal, sobre otras entidades artísticas nacionales; puede achacárseles, no deficien-

cias—en modo alguno eso—, sino algo de inferioridad en la cuerda; pero, en conjunto, orquesta y director forman un todo homogéneo y compacto, que resiste todas las comparaciones, y ante el cual ni hay dificultades que no se venzan, ni matices, por tenues que sean, que pasen desapercibidos, ni detalles que no destaquen, ni sonoridades que no puedan resistir el más escrupuloso y delicado examen en cuanto á pureza de afinación se refieran.

La interpretación que la orquesta dió á la «Sinfonía Fantástica», de Berlioz, que llenaba toda la segunda parte del programa, fué un asombro. No se puede llegar á más.

Es obra en la que el gran músico acumuló todas las dificultades de la técnica y todas las extravagancias de un cerebro privilegiado; pero aun éstas dejan de serlo cuando se llevan al pentágrama de manera tan deliciosamente armónica como con el quinto tiempo, «El sueño de una noche de aquelarre».

El tiempo tercero es, sencillamente, soberbio: la escena campes- tre «se ve» más que se siente, y el canto pastoril que interrumpe la tempestad, es la obra de un genio.

¡Cómo tocó la orquesta la «Fantástica»! ¡Cómo dominó esos dos números, erizados de escollos!

El tercero fué llevado con una dulzura, con una placidez de ensueño, destacaban límpidos, claros, los detalles más recónditos é insignificantes, y en el aquelarre, las disonancias armónicas fueron dichas con seguridad tan pasmosa, con precisión tan admirable, que el auditorio enorme, rendido, entregado por completo ante labor tan colosal, irrumpió en una ovación estruendosa, en un desbordamiento de entusiasmo.

¡Cómo tocó la orquesta la «Fantástica»!

No quiere esto decir—nunca menos—que en el resto del programa, selectísimo, como elaborado por manos inteligentes, dejase de mostrarse la masa orquestal á la altura que muy pocos podrían aspirar á escalar. Es que el sitio de honor del programa lo ocupaba una obra que ponía á prueba los méritos de la orquesta, y es que ésta y su director, fué allí donde quedaron plenamente sancionados.

Pero, injusto sería no hacer mención de la interpretación que supieron dar á «El aprendiz de brujo», de P. Dukas, obra si no de la magnitud de la «Fantástica», tan erizada de escollos, para cuyo vencimiento se precisaban unos ejecutantes de primer orden.

Vencieron también: la batuta del maestro Lassalle, dibujó en giros elegantes las rarezas del capricho de Dukas, y siguiéndola, los profesores bordaron materialmente la página, que, de no interpretarse de manera tan magistral, ha de resultar forzosamente borrosa y sin relieve.

La overtura de «Leonora», de Beethoven; el fragmento sinfónico de César Franck, «Redención», y el prelude de «Tristán é Iseo», de Wagner, fueron otros tantos triunfos.

Para descanso del espíritu, fatigado un tanto al seguir con cada vez más creciente atención las obras soberbias del resto del programa, tocó la orquesta, como final, la magnífica overtura del «Tanhausser», con la que nuestro público está harto familiarizado y en la que esperaban aquilatar méritos los poco iniciados ó los no convencidos, si alguno había.

No era ciertamente obra de prueba para la orquesta, después de las anteriormente ejecutadas, pero como si lo hubiese sido fué el éxito.

La hermosísima sonoridad de trompas, trompetas y trombones; el brío con que atacaron los últimos compases—de prueba—, levantaron al público de sus asientos y, entre bravos y aclamaciones, quedó sancionado el mérito de la orquesta y de su director, que posee una batuta en cuyo extremo parece van prendidos todos los secretos del arte.

No será necesario consignar, leído lo que antecede, que el público se desbordó en entusiasmo, y que verdaderamente ese entusiasmo llegó á límites aquí pocas veces conocidos.

Para corresponder á él, la orquesta tocó el cuarto tiempo de la «Sinfonía número 13», de Haydn, cruzándose de brazos el maestro y haciendo sólo muy ligeras indicaciones á sus profesores, que demostraron serlo en toda la extensión de la frase.

Solemidades artísticas como la de la noche que nos ocupa, son sólo reservadas á los pueblos que, como el nuestro, tienen la fortuna de poder merecerlas.

Prueba de ello, la soberbia entrada que hubo y la justicia que supo imprimir á sus fallos.

